



Unicornio

Suplemento Científico y Cultural de Por Esto!

Domingo 8 de mayo del 2016

Año 22 No. 1305

- La tradición oral como patrimonio cultural
 - Ojo de maniquí
 - ¿Cargar la Santísima Cruz o romper definitivamente con el auténtico Dios?
 - Historia de la Masonería Yucateca (VIII)
- Desde España, en mayo 2015, no podía dejar de publicar Crónicas Cubanas y me la ingenié para hacerlo. Algo que llevo muy adentro desde un viaje a España algunos años antes

La tradición oral como patrimonio cultural

Carlos Augusto Evia Cervantes

Resumen

El objetivo del presente trabajo es resaltar la existencia de una forma de patrimonio que, debido a su naturaleza oral, aunque a veces se escribe y su integración a la vida cotidiana se vive, se comparte y se difunde, pero no se valora cabalmente como una forma de acervo cultural, sino más bien se le considera una manifestación del folclor o simplemente anécdotas interesantes. Se trata de la tradición oral, elemento importante de la cultura, pues en ella se reflejan las formas de pensar, la ideología y las creencias acumuladas por un grupo humano. Estos aspectos mencionados muchas veces conllevan datos históricos, hechos relevantes, temores y esperanzas de los miembros de una sociedad, habitantes de una ciudad o región, que en conjunto conforman la cosmovisión, en este caso, de los meridianos.

Introducción

Hoy día es común escuchar que un edificio, una ciudad o una obra de arte es patrimonio de un país o de la humanidad. Estas acciones indican que las sociedades modernas reconocen el valor y la belleza de las creaciones de las civilizaciones que nos antecedieron. Este reconocimiento es también un vínculo con el pasado y permite a la sociedad ver su trayectoria como especie a través del tiempo.

De manera semejante se ha procedido con ciertas áreas naturales, que por su belleza o singularidad, se les convierte en patrimonio de una nación o del mundo. Ante tal situación, se establece un reglamento para proteger el citado bien patrimonial y por lo general, la regulación de tales bienes restringe el acceso o su uso, según de lo que se trate.

En el mismo sentido, hemos visto que en los últimos años se ha estado buscando legalizar el origen de ciertos productos agrícolas que de alguna manera son considerados una forma de patrimonio propio del país o un Estado. Así es como las instancias correspondientes están certificando el nopal y el chile habanero, por ejemplo, para establecer su legitimidad. Por otra parte, su reconocimiento daría derechos adicionales de producción y venta.

También se incluyen en la categoría de patrimonio cultural las bebidas y comidas, en cuya preparación se utilizan conocimientos ancestrales y tradicionales. Al respecto podemos citar el tequila, el mole poblano y la cochinita pibil. En estos casos se trata controlar la exclusividad de la producción, distribución y venta, sin embargo, estas metas son más difíciles de lograr, pues cualquiera de los citados productos puede ser elaborado en otro país con iguales o mejores cualidades.

Patrimonio cultural intangible

Existe otra clase de patrimonio cultural más difícil de comprender, debido a su propia naturaleza inmaterial, que conforma un corpus de conocimientos que de alguna manera caracterizan a un grupo humano. Hago referencia a la tradición oral y esta clase de patrimonio pertenece a la humanidad, con la aclaración de que cada pueblo o etnia tiene sus particularidades al respecto.

A 474 años de su fundación, los habitantes de la ciudad de Mérida han acumulado a través de edificios, esquinas, barrios y sitios especiales, relatos de tradición oral que matizan la historia real de la urbe. En este trabajo se presentan algunos de ellos que se han recabado en los últimos años y que dan una perspectiva general del tema que nos ocupa.

Los túneles de Mérida

En la tradición oral de la ciudad de Mérida hay un relato

muy persistente y que afirma que existe comunicación subterránea entre diversos puntos de la Ciudad. El mito ha producido, incluso, polémica entre historiadores, antropólogos y clérigos en torno a una creencia generalizada que plantea la comunicación entre la iglesia de Monjas y la Catedral a través de un conducto subterráneo (Victoria, 1995:96).

En testimonios obtenidos recientemente se repiten viejas ideas, tal como la que dice que todas las iglesias se comunican entre sí; que los subterráneos fueron construidos para que las monjas enclaustradas no tuviesen contacto con el mundo exterior y que en tiempos pretéritos existía un pasadizo que iba de Monjas a la Catedral y al convento de San Francisco el Grande (Grosjean, 1999:103).

La existencia de un sitio muy conocido, el Yanal Luum ("bajo la tierra" en español) apuntalaba esa hipótesis, ya que se encontraba en la línea imaginaria que uniría a Monjas y la Catedral. Pero estas ideas no resistieron la fuerza de las evidencias, ya que cuando se hicieron los trabajos de excavación para instalar las tuberías destinadas al servicio del agua pota-

deck hizo una descripción del Convento de San Francisco, el cual más adelante sería denominado La Ciudadela de San Benito. Esta se encontraba en los terrenos del edificio principal del actual mercado municipal Lucas de Gálvez y de lo que fue el Centro Escolar Felipe Carrillo Puerto, mismo que fuera transformado en un mercado de minoristas de productos importados, popularmente conocido como El Chetumalito. Después de su demolición ese edificio se mantuvo algunos años como un simple terreno baldío y posteriormente funcionó como un estacionamiento para vehículos. Finalmente, en el año de 2004 fue construido, sobre la explanada del Mercado de San Benito. La narración sobre el citado convento, edificado sobre un antiguo basamento maya es fechada entre 1834 y 1836, hace referencia a los espacios subterráneos que Waldeck observó. Señaló que eran inmensos y que los caminos del sitio formaban un verdadero laberinto. Agregó en su descripción que había un pozo, el cual conducía a otras pequeñas piezas cavadas en la roca. Por último, señaló la existencia de un abismo profundo. Actualmente no queda nada del pasado en la superficie. "Pero la gran veta de agua, el *abismo profundo* del que Waldeck da testimonio tiene que seguir ahí. Sólo habría que buscarlo" (Ligorred; 1998:XXVIII).

El pozo sí existe, de hecho, se publicó en algunos medios las imágenes de las construcciones anexas a él, pues efectivamente, era una fuente de aprovisionamiento de agua. Pero el laberinto no fue encontrado, mucho menos documentado formalmente, lo que deja en la incertidumbre su existencia.

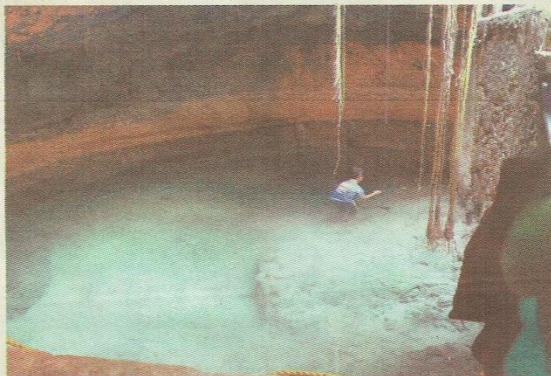
Lo cierto es que desde la época colonial se empezaron a construir, en algunas de las principales casas del Centro de la Ciudad, unos subterráneos artificiales, cuya función —de acuerdo con la hipótesis más realista— era servir de depósitos de alimentos, liocres y variadas pertenencias de sus antiguos habitantes. Con el paso del tiempo fueron abandonados, e incluso, sirvieron como drenaje de aguas residuales (Burgos et al; 2006:7-37).

Conviene enfatizar que dichos subterráneos artificiales no tenían comunicación entre edificios. No sólo porque la evidencia no ha sido encontrada, sino que también se puede razonar que si servían para guardar bienes de consumo, no convendría a los propietarios de los inmuebles que los vecinos tuvieran acceso a sus bodegas.

Sin embargo, este mito es tan fuerte que en las últimas décadas se han dado polémicas dirimidas en los medios de comunicación escrita. Unos ciudadanos que están a favor de la existencia de los túneles y otros, generalmente arqueólogos y espeleólogos, que ratifican la falta de evidencias.

Los cenotes de Mérida

Los cenotes de nuestra Ciudad contribuyen con la existencia del mito de la comunicación subterránea, ya que casi todos los que conocen un cuerpo de agua inundado expresan frases como la siguiente: "dicen que este cenote se comunica con otro..."., entonces nombran aquel que está a cierta distancia. Como prueba de ello se ofrecen relatos de incidentes en los que objetos perdidos en un lugar luego aparecen en otro. Quizá el mejor ejemplo de lo anterior es el caso de El Tivoli, ubicado en el interior del Instituto Comercial Bancario, en la confluencia de las calles 62 y 45. Muchas personas aseguran que esta cueva inundada se comunica con el cenote Huolpoch, que está relativamente cercano y con otro que está en el Parque de las Américas, todavía más lejos. Los antiguos dueños dijeron al actual propietario que unos buzos comprobaron la existen-



Cenote El Tivoli.- (Foto: Natalia Quintanilla)

cia no apareció la supuesta vía subterránea (Grosjean, 1999:105).

Llegando a los extremos de comunicación mítica creo que es oportuno mencionar algo que quizá no todos los meridianos sepan, pero que los habitantes de Maní repiten convencidos. Estos últimos aseguran la existencia de un conducto que parte desde la puerta del convento de San Miguel Arcángel, en Maní, y llega hasta la iglesia de Monjas en Mérida; es decir, casi 100 kilómetros. En febrero de 1982, un grupo de maestros y alumnos de la Facultad de Ciencias Antropológicas, bajamos por ese conducto vertical, muy estrecho por cierto, con el objetivo de conocer y recorrer aquel famoso camino subterráneo. Cuando tratamos de avanzar no se pudo, porque ya lo habían rellenado con escombros. Al indagar al respecto, la gente nos respondió que fue necesario, porque algunos niños entraban a jugar corriendo el riesgo de perderse, ya que el túnel era tan largo que llegaba hasta Mérida (Evia Cervantes, 2003:204).

Laberinto subterráneo

Otro caso menos conocido, que proviene de una fuente antigua, pero de mucho crédito. Gracias a que ciertos autores han puesto su atención en algún subterráneo y lo han plasmado en sus obras, la narrativa tradicional refuerza su existencia. Al respecto, consideramos oportuno presentar un caso que fue documentado por uno de los famosos viajeros del siglo XIX, el barón Federico de Waldeck. En su obra *Viaje pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán*, Wal-

Suplemento Científico y Cultural de *Por Esto!*
 Director General: Mario Renato Menéndez Rodríguez.
 Fundador: Hernán R. Menéndez Rodríguez (†).
 Consultores: Félix Báez-Jorge, Guadalupe Cámara Gutiérrez, Ben Fallaw, Rubén Maldonado Cárdenas, Oscar Ortega Arango, Gabriel Ramírez.
 Diagramación y corrección: Jorge Cortés Ancona, Evelio Arango Sandoval y Eduardo Alejandro Pardiño Briceño.
 Portada: Francisco de Goya (1746-1828), *Majas al balcón*, 1810-12, óleo sobre lienzo, 162 x 107.2 cm. /
 "Goya". D.R. Patronato del Museo Nacional de Arte, A.C. Primera edición, Noviembre 2005. CONACULTA-INBA. México.

Publicidad Impresa del Sureste, S.A. de C.V.
 Calle 60 No. 578
 Mérida, Yucatán
 C.P. 97000
 Tels: 930-27-60 930-27-67
 Fax: 930-27-65



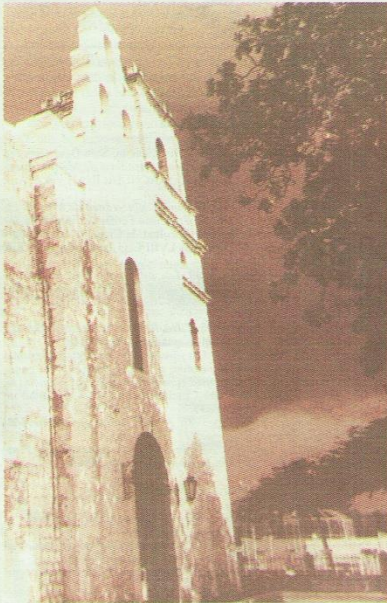
Catedral de Mérida, Yucatán.

cia de esa comunicación; sin embargo, los buzos locales no avalaron tal afirmación (Evia; 2003: 204).

El cenote de la Catedral

Se ha especulado desde hace mucho tiempo acerca de un cenote bajo la Catedral de Mérida. Al respecto, el Cronista de la Ciudad Juan Francisco Peón Ancona dijo en una conferencia que hace algún tiempo un cura capitalino con ciertos poderes sensoriales para detectar este tipo de formaciones, en una visita a ese templo, señaló que en la zona del altar mayor hay un profundo vacío subterráneo el cual se extiende hacia el Oriente más allá de las oficinas de la curia arzobispal. Al mismo cura se le llevó a otros lugares donde se tenía la certeza de que existieran cenotes, pero que además estaban clausurados. En todos los casos acertó (Diario de Yucatán, 10/05/1998). El mismo Peón Ancona califica el relato de creíble, pero que nadie hasta el momento ha aportado pruebas confiables que lo confirmen.

La narración anterior se hace más creíble al conocer el testimonio aportado por el señor Félix Faller Palomeque en 1999, quien aseguró que bajo el edificio donde estuvo la ferretería El Candado y hoy se ubica la tienda comercial Del Sol, en el cru-



Iglesia de San Sebastián, Mérida.

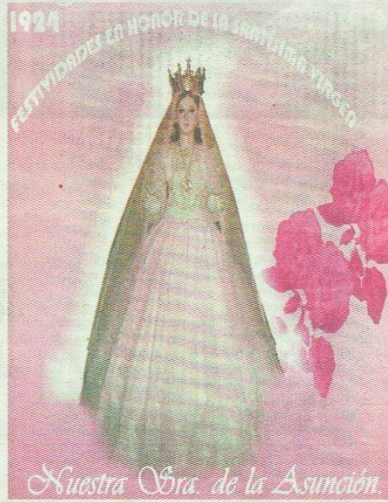
zamiento de las calles 60 y 65, a unos 100 metros de la Catedral, hay un cenote tapado con una capa de concreto muy fuerte, con una pequeña compuerta del mismo material. Por medio de un reportaje escrito que hizo llegar a un periódico local indicó que cierto día despejó el área donde está la citada capa y levantó la compuerta; entonces pudo ver un espejo de agua bastante grande. El señor estimó, y con razón, que ese cuerpo de agua sirvió para abastecer a los habitantes de la antigua T'Hó, nombre maya de la Ciudad donde se construyó la actual Mérida (Diario de Yucatán, 24/11/1999).

Lamentablemente, no se han aportado pruebas contundentes —como podrían ser los resultados de las investigaciones espeleológicas—, que respalden la existencia de estas cavidades. De tal manera que, por ahora, forman parte del acervo mitológico de nuestra Ciudad capital.

La leyenda de Nuestra Señora de San Sebastián

Existe una leyenda que, de acuerdo con la fuente consultada, fue del interés del Obispo Carrillo y Ancona y se estima que en 1892 ya era conocida por los habitantes del barrio de San Sebastián. Este relato fue publicado en 1950 en el libro *Leyendas y Tradiciones Yucatecas*, de Gabriel Antonio Méndez, y en 1967 se reprodujo en las páginas de *Novedades de Yucatán*.

Una de las más populares y respetadas tradiciones es, sin duda, la que se refiere a Nuestra Señora de la Asunción, también conocida como la Virgen de San Sebastián, que se venera en el templo de ese suburbio capitalino desde hace varios siglos. El relato empieza señalando a un noble y digno caballero llamado Juan Esteban Quijano que vivía en Mérida en el siglo XVIII, quien acostumbraba realizar obras de caridad con gente pobre



Virgen de la Asunción, barrio de San Sebastián, Mérida.

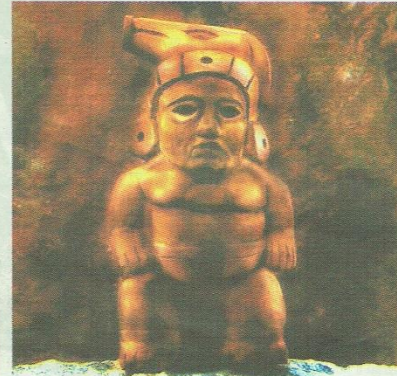
de los suburbios aledaños. Cierta mañana de abril de esos años, mientras preparaba sus monedas para repartir entre sus beneficiarios, separó una que le había llamado la atención por ciertos detalles inusuales. En eso estaba, cuando uno de sus sirvientes le avisó que una señora le esperaba en la puerta de su mansión. De inmediato fue a ver de quién se trataba y al encontrarla se quedó admirado del porte de la dama, a pesar de su ropa casi desgarrada. La señora le pidió que tuviera la bondad de reconstruirle su casa, pues el Sol y la lluvia caían sobre ella. Dijo que como ya sabía de la gran generosidad de Juan Esteban decidió pedirle ayuda. Impresionado aún por la presencia de la mujer, le prometió cumplir su deseo y como garantía de su compromiso le dio aquella moneda que había separado de las demás. Le preguntó dónde estaba su casa y ella respondió que se encontraba al Suroeste de la ciudad, en la plazuela de San Sebastián. Don Juan le aseguró que iría el sábado siguiente y le preguntó como saber cuál era su vivienda. Ella le dijo que estaría pendiente de su llegada, y que "la señal será un rayo de Sol". Después de este diálogo la señora se despidió.

Al sábado siguiente D. Juan Esteban partió de inmediato al camino de San Sebastián a eso de las cinco y media de la tarde. En el derrotero seguía intrigado por la presencia de aquella misteriosa mujer. Todavía estaba en esos pensamientos cuando llegó a la plazuela citada. Primero trató de encontrar la casa de la dama indagando a los vecinos, pero después de un rato de buscar sin éxito, entre tantas chozas rústicas, se dirigió a la pequeña iglesia a escuchar la Salve que en eso momentos remataba. Grande fue su sorpresa cuando, al arrodillarse y levantar la vista hacia la imagen del altar, un largo rayo de Sol caía precisamente sobre la cara de la milagrosa imagen. Al instante el

Señor Quijano recordó las palabras de aquella señora: "la señal será un rayo de Sol", y contemplando detenidamente la figura de aquella Virgen comprendió que él había sido el elegido para realizar tal obra. Se acercó al altar para darle las gracias a la Virgen y su asombro aumentó más al encontrar a los pies de la imagen aquella moneda que días antes le entregó como promesa de su visita a la desconocida dama. De inmediato el Señor Quijano mandó a construir en el lugar de aquella derruida choza una iglesia de mampostería con sacristía y demás anexos para residencia del capellán, la cual permaneció así hasta principios del siglo XX (Montejo, 1986:216-219).

La leyenda de la Esquina del Zopilote

Nuestra gran Ciudad guarda un sinfín de leyendas que refulzan la tradición oral de la urbe. Una de ellas corresponde a la esquina actual de las calles 65 por 70, llamada El Zopilote,



Alux.

la cual encierra una historia llena de misterio y terror, que pone los pelos de punta a los que la recuerdan. El texto señala que cuando estas tierras aún estaban bajo el yugo español, la Colonia pues, habitaba en esa esquina un nativo de Andalucía, ex marino, ex militar y aventurero, Don Iñigo de Arzate Pantoja y Peñalosa, quien para entonces tendría unos cincuenta años. Siempre vestía de negro, tenía un semblante poco agradable, encorvado, con una gran nariz aguilicha, abundante barba y bigotes puntiagudos. Era un sujeto solitario, no tenía familia. Se le veía poco, cerca del amanecer. Sólo el tendero de una esquina cercana y el tabernero de una cantina situada a unos pasos de su casa, eran quienes habían conversado con el misterioso personaje, quien les había contado que estuvo en la milicia, en el Perú, que combatió al levantamiento encabezado por Túpac Amaru II (José Gabriel Condorcanqui), descendiente del último emperador inca Atahualpa. El mismo afirmaba que la crueldad contra los incas fue inaudita, pues usaban los mastines para despedazar a los prisioneros o los quemaban vivos después de crueles torturas. Dijo que el mismo había matado con sus propias manos a muchos de esos indios rebeldes, que cuando se retiró de la Marina de Guerra, se dedicó al comercio de especias, por lo que sus viajes al Sureste Asiático eran frecuentes. En una ocasión, tuvo la mala fortuna de ser sorprendido por un tifón en altamar, entonces su barco zozobró y fue a parar en Nueva Guinea.

Durante su estancia en esa tierra, convivió con canibales y para seguir las costumbres de ellos también practicó la antropofagia. Pero lo que no contó el ex mariner andaluz, fue que en sus tiempos de milicia, un brujo inca le regaló un polluelo de cóndor o buitre que sólo se alimentaba de carne humana. Así, cuando mataba a los indios, llevaba los restos humanos a su cóndor para que se alimentara. Y durante su estancia en Nueva Guinea, don Iñigo le agarró gusto a la carne humana. El ave, ya era un animal enorme, con una envergadura de cuatro metros con las alas extendidas, capaz de levantar a una vacuilla pequeña o, incluso, a un humano de poco peso.

De pronto, en Mérida, empezaron a desaparecer niños que salían a la calle cuando ya era tarde. Los testigos señalaban que los infantes simplemente desaparecían, algunos, incluso, en compañía de sus padres, en un breve descuido desaparecían, pero al mismo tiempo veían una sombra y escuchaban un aleteo, pero no lograban ver qué era lo que lo producía. Fueron numerosos los niños a quienes ya no se les volvió a ver. Lo misterioso es que no aparecían ni los cuerpos o algún rastro de ellos.

La gente del rumbo comenzó a sospechar del extraño vecino, pues por las noches se escuchaban unos espantosos graznidos de ave. Y no faltó un curioso que lograra mirar dentro de la casa y que dijo ver a un enorme y horrible pájaro dentro de una jaula, y que era ese animal el que producía los escalofriantes ruidos. Aseguraba el testigo que en ese momento el ave es-



taba devorando la extremidad de un ser humano de pequeña talla.

Se hizo la denuncia a la autoridad, pero ésta era incrédula y no hizo caso. Al poco tiempo, Don Íñigo, quien se había enterado de las sospechas que pesaban en su contra, se marchó de Mérida y dejó abandonada la casa en que vivía. Fue una noche de noviembre, en medio de torrencial aguacero cuando el tenebroso personaje se fue junto con su cóndor y nunca más se supo de él.

Pasaron los meses y los años, hasta que los vecinos empezaron a comentar que Don Íñigo no había regresado. Un día unos osados caballeros entraron a la fuerza a la vivienda, sólo para comprobar su abandono. Entonces, la autoridad expropió el predio y decidió derribarlo para construir otro, pero cuando estaban construyendo los nuevos cimientos, hallaron huesos enterrados en el patio. Tales huesos pertenecían a niños, los mismos que habían desaparecido años antes.

Así fue cómo se surgió la leyenda de la Esquina del Zopilote, que debió nombrarse La Esquina del Cóndor, pero en ese tiempo la gente, con escasos conocimientos, según el autor, confundió al cóndor con el ave de carroña local (Amer; 2012: 16-17).

Los aluxes de la colonia Mercedes Barrera

Los aluxes son un mito ampliamente difundido en nuestro Estado, especialmente en el medio rural. Por lo general se les asocia con las labores del cultivo agrícola, con rituales para que ellos cuiden las milpas. Pero ahora los relatos de aluxes se escuchan en áreas urbanas. Por lo menos, esto es lo que se ha constatado en la colonia Mercedes Barrera, en el Sur de la ciudad de Mérida (Lizama Canto; 2011). Dado lo novedoso del tema, se han iniciado las investigaciones desde el punto de vista antropológico para establecer las posibles causas de esa movilidad del mito, que no es exclusivo de la Mercedes Barrera. Pero la primera hipótesis que se puede plantear es que algunos mitos, por lo menos el de los aluxes, se ha trasladado de

las áreas rurales a las urbanas junto con sus creyentes. Hay que recordar que muchos de los habitantes de Mérida provienen de las áreas rurales y se instalaron en las colonias de la capital. El hecho que se escuchan todavía las versiones de los mitos que antes se contaban en los municipios rurales, indica que el mito puede sobrevivir a las causas iniciales que le dieron origen; por lo menos durante un tiempo relativamente largo.

Conclusiones

La tradición oral es un elemento cultural que resiste el paso del tiempo mejor que muchas obras materiales del hombre mismo. Es verdad que cambia poco a poco, pero durante mucho tiempo mantiene una misma estructura reconocible, gracias al poder de sus símbolos y a la misma gente que lo usa, transmite y recrea.

Cada individuo que forma parte de un conglomerado humano, etnia o ciudad es un poseedor verdadero de ese patrimonio cultural, pues para acceder al mismo no requiere más que participar en la socialización inherente a la convivencia diaria.

La adquisición de este patrimonio es involuntaria y automática, a diferencia de otros tipos de patrimonios, cuyo uso o acceso está normado, básicamente restringido, por instituciones encargadas de su preservación o simplemente su administración.

La tradición oral, específicamente los mitos y leyendas, se transmiten de una generación a otra y contienen parte de la historia de un grupo humano. Esos relatos contienen otros elementos que son considerados sobrenaturales. Ellos simbolizan aspectos más profundos de la cultura. En conjunto, los factores históricos y simbólicos refuerza la memoria colectiva del grupo social en donde está vigente.

La tradición oral crea una imagen general del mundo, que se va ajustando al tiempo y al espacio de acuerdo a los cambios del entorno del grupo humano que la vive y transmite.

Genera una cosmovisión que provee explicación al origen de las cosas, a la situación actual del mundo y le da sentido a los hechos sociales.

Bibliografía

Burgos Villanueva, Rafael, Luis Millet Cámara, Sara Dzul Góngora y José Estrada Faisal. 2006. *Subterráneos y pasadizos de Mérida, Yucatán: La casa de los ladrillos*. Mérida. CONACULTA, INAH y A & Arte Inmobiliario.

Evia Cervantes, Carlos. 2003. *El mundo subterráneo de Mérida. En Mérida Miradas Múltiples*. Editores: Francisco Fernández Repetto y José Fuentes Gómez. Mérida, Yucatán. Facultad de Ciencias Antropológicas (UADY) y la Cámara de Diputados LVIII Legislatura. Capítulo XII. P. 203-212.

Grosjean Abimerhi, Sergio. 1999. *Los subterráneos de Mérida: el pasadizo de ex convento de monjas a la catedral*. Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán. Números 208-209-210-211. Mérida. P. 102-106.

Ligorred Perramon, Josep. 1998. *T'Hó, la Mérida ancestral*. Mérida. Dirección de Desarrollo Urbano del Ayuntamiento de Mérida.

Lizama Canto, Marina. 2011. *Los jóvenes que frecuentan el parque de la colonia Mercedes Barrera y el mito de los Aluxes. Un breve panorama de la situación actual de la tradición oral en el Sur de la ciudad de Mérida*. Tesis de Licenciatura en Comunicación Social. Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY.

Montejo Baquero, Francisco. 1986. *Mérida en los años veinte*. Mérida. Maldonado Editores.

Victoria Ojeda, Jorge. 1995. *Mérida de Yucatán de las Indias. Piratería y estrategia defensiva*. Mérida. Ayuntamiento de Mérida.

Hemerografía

Amer, Julio. "La tenebrosa leyenda de la esquina del zopilote". En *Milenio Novedades*, 3 de diciembre de 2012. P. 16-17

Diario de Yucatán. *La S.I. Catedral, cuatro siglos de una historia basada en anécdotas*. Sección Imagen. 10 de mayo de 1998. P.2.

Diario de Yucatán. "Céntrico cenote". Sección Local. 24 de noviembre de 1999. P.4

